tañas, que rodean la cadena principal, desiertas y salvajes como su mayor hermana, están llenas de tenebrosas cabernas donde tienen sus guaridas estos animales, y desde las que bajan algunas veces al llano á visitar las aisladas habitaciones diseminadas en Pampa desde Mendoza hasta el fuerte de S. Carlos. El viagero que ha transitado por este inmenso valle, no habrá dejado de oír en las noches de calma y de oscuridad, cuando las sombrías nubes se suspenden magestuosamente por las blancas cimas de la cordillera, el rugido espantoso de esta fiera, que divaga solitaria por las faldas del Paramillo; y este horrible ahullido es el grito de guerra que ha dado, apenas ve la luz de una candelada ó que su olfato siente la proximidad de la víctima que se propone hacer para saciar su feroz apetito. El que no está acostumbrado á escenas de tal naturaleza, no escucha este rugido sin un terror involuntario, y mucho mas si ve á su caballo temblar, patear la tierra y relinchar de una manera lastimosa á medida que su enemigo se aproxima y engruesa la voz.

Nosotros estábamos acampados en Carrizal en donde habíamos hecho alto para pasar aquella noche. Se componía nuestra comitiva de una docena de personas y entre ellas dos ó tres europeos viageros, fáciles de distinguirse por el modo poco natural con que llevaban puestos los trages del país; y aunque casi todos nosotros estábamos habituados á estas penosas marchas, con todo, lo silvestre del parage y lo imponente de la naturaleza en su estado pristino, cual se hallaban aquellas regiones, infundía siempre en nuestros ánimos aquella desinquietud que se manifiesta por el minucioso exámen que se procura hacer de lo mas mínimo, y por las reiteradas preguntas que se hacen á cada paso sobre los objetos nuevos que se presentan con tanta frecuencia. Esta disposición de ánimo formaba una opuesta pintura con el carácter de los dos *gauchos* ú hombres del campo que llevábamos en nuestra compañía en calidad de guías ó prácticos de los caminos. La tranquilidad é indiferencia que se notaba en ellos así como su calma, hacia un contraste chocante con nuestro desasosiego: el sueño no les impide enteramente el uso de sus facultades, pues ven y oyen con los ojos cerrados y con las manos puestas en sus oídos.

La luna batallaba entonces como para desprenderse de un grupo compacto de espesas nubes, desgajándose á veces de ella para dejar caer oblicuamente uno de sus rayos de claridad sobre un promontorio aislado, cuya aguda cima, blanqueada por la estercolacion de los condoros, habia recibido el nombre de *Pico de Buitres*. Acostado yo al nivel de la tierra, podria distinguir su cumbre diestramente tajada, y coronada por una docena de esas grandes aves, que colocadas de trecho en trecho, formaban un escalon. Un silencio sepulcral reinaba en esta soledad; y lo único que la daba vida, y que fijaba mis miradas hácia aquel parage, era un rugido lúgubre que salia de la falda del mismo pico. La voz era fuerte, vigorosa, y pasaba gradualmente desde el maullido del gato al rugido quejoso del tigre: hubiérase creído que el animal se enfadaba, ó que se hallaba descontento de sí mismo. A cada uno de estos salvajes gritos, sentia que los perros se estrechaban entre sí, ó que buscaban nuestro amparo refugiándose debajo de nuestros pies. Mientras tanto que este mudo terror se habia involuntariamente apoderado de nuestros corazones, nuestros guías por el contrario estaban acostados sin mostrar la menor alteracion: extendidos sobre la tierra con la cabeza reclinada sobre sus brazos, parecia que nada en este mundo les era interesante, ni que en ellos tenian influjo el miedo, la desgracia, ni la alegría. Nacido el uno en los llanos, donde se habia hecho célebre por su agilidad, valor é intrepidez é hijo el otro de las montañas y no menos valeroso que su compañero, aunque todavía muy jóven; tanto al primero como al segundo no se les habia escapado el grito del tigre: el montañés, que se llamaba Fernando, casi levantándose y dirigiéndose al otro gaucho.

—Montero, le dijo, ¿has oído eso?

—Sí, respondió éste friamente.

Y en seguida hubo entre ellos un momento de silencio, pues el tiempo que nosotros gastamos para hacer una larga frase y pulirla, lo emplean estas gentes en dar á sus ideas las menos palabras posibles.

—Mira, Montero, añadió el montañés dirigiéndose siempre á su compañero; ese es un tigre tan hecho y viejo como tú: las señales no dicen otra cosa.

Montero echó entonces un juramento enérgico, aunque sin añadir mas palabra; pero Fernando que quería provocarle y compelerle á que tomara parte activa en la caza de la fiera para tener ocasion de brillar á su costa.

—Oye, Montero, continuó: la cruz estrellada del sur está boca abajo: de aquí á dos horas será de día, y esta noche he de dormir sobre la piel de ese vicho.

—Tú, exclamó Montero con desdeñosa risa.

—Sí, interrumpió Fernando; y si no lo quieres creer apostemos alguna cosa: apostemos tu caballo contra el mio, enjaezado y ensillado.

El partido no era igual: el habitante del llano tenia un hermoso caballo chileno de aquella raza que se conserva y cria en las estancias de san Martín, cerca de Mendoza. Era un magnífico animal gordo y redondo como se estima en estas comarcas, estando ademas enjaezado. El caballo de Fernando, por lo contrario, estrecho y largo, montañés como su dueño, de quien era una imagen perfecta, no presentaba mas que una lastimosa apariencia á los ojos de cualquiera que no hubiera reparado en la extrema vivacidad de los suyos y en el movimiento de sus orejas, casi siempre echadas hácia atrás; y en cuanto á su aparejo ó á los arcos con que estaba cubierto, algunas tiras de cuero de cochino era lo que formaba la parte mas esencial. Tal era, pues, la perspectiva que presentaban estos dos originales, existiendo entre sus caballos y sus equipos la misma diferencia que entre sus dueños y sus ropages, debiéndose advertir, por cosa singular, que aunque ni el uno ni el otro gaucho poseian un palmo de tierra, ni una moneda de oro, con todo usaban bellas espuelas y estribos con chapa de plata, siendo del mismo metal las de los puños de sus machetes y cuchillos: únicas riquezas del hombre errante de estos países, y de las que echan mano en los lances que miran como puntos de honor; y por esto fué que advirtiéndolo Fernando el desprecio de Montero al oír la proposicion de la apuesta.

—Pues bien, añadió, si te parece poco mi caballo agregaré mis espuelas y machete, ¿te conformas?

—Déjame, respondió el otro.

—Es un hermoso machete, insistió Fernando: su hoja solo vale un congo.... Vamos ¿qué te detiene? Si no vienes conmigo, diré que tienes miedo y todo el mundo sabrá que los *Llaneros* son unos cobardes. Y dicho esto saltó de un brinco su caballo: revisó su lazo: aguzó la punta de su cuchillo en el cuero de su vaina y se alejó con la rapidez del rayo. El viejo gaucho se levantó lentamente con un aire de mal humor, compuso sus espuelas y montando con no menos ligereza siguió las huellas de su compañero. Y á la verdad que no era hombre que tuviese miedo á un tigre, ni menos que creyera perder la desigual apuesta, en la que si ganaba no por eso se echaba en sus bolsillos el valor de cuatro pesos; mas como su amor propio estaba mortificado por un jóven á quien consideraba como un niño, por lo mismo fue que la admitió, creyendo quedaria castigada la presuncion de Fernando.

Comenzaba ya á apuntar el dia: y tan pronto como sus resplandores iban disminuyendo las sombras de la pasada noche, todos los individuos de nuestra caravana iban despertando y preparándose para continuar el viaje. En cinco minutos estuvo todo preparado y listo, quedando apenas vestigios del campamento: los hombres y demas vivientes de estos países gustan de saludar la aurora, y por qué en las ciudades perdemos nosotros en un tosco y perezoso sueño el mas precioso instante del dia?

Los condoros uno tras otro emprendian su vuelo con direccion á las altas cumbres de los Andes, desapareciéndose entre las nubes. Ya no se oía rugido del tigre: ¿en donde se le encontrará? Esto es lo que precisamente veremos si no perdemos de vista á nuestros cazadores, que con marcha segura y firme se dirijan hácia la montaña aislada, de que se ha hecho ya mencion. Los mas curiosos de los nuestros se propusieron como yo, seguirlos: los unos por la novedad, y los otros para favorecerlos en caso de urgencia.

En esta situacion nos hallábamos cuando fué detenida nuestra marcha por una profunda laguna sin juncos ni cañas y cubierta de una menuda yerba parecida á la de las llanuras que apenas se distinguia á corta distancia. La fetidez de sus aguas como que habian sido formadas súbitamente por un temblor de tierra, cosa muy comun en este país, impedia que los animales bebiesen de ellas, por cuya razon no se encontraba una señal que hiciese conocer el sendero que debia conducir á la falda de la montaña; pero la consumada experiencia del *Llanero* hizo que bien pronto se encontrase el vado, por donde entramos todos con facilidad, saliendo á un trillado camino que examinó escrupulosamente deduciendo por la falta de rastro ó la impresion de las patas de la fiera, que esta aun no habia salido de aquel parage. En efecto, á poco andar vimos al terrible animal